



Título: **Reverón**
 Director: **Diego Rísquez**
 Venezuela, 2011
 Protagonistas: Luigi Sciamanna,
 Sheila Monterola

Cine

La luz del amor

Luis Ovando Hernández, s.j.*

Do gusto aproximarse a una faceta de la vida de Armando Reverón (1889-1954), tomados de la mano de Diego Rísquez, director de la película *Reverón*, un mosaico fílmico compuesto de amor y demencia, de luces artísticas y sombras propias de la condición humana, donde la música y el exuberante paraje caribeño de Todasana, completan perfectamente la obra.

Reverón arranca en 1920, fecha en que el artista inicia la construcción de su Castillete en Macuto. Atrás se quedaron los estudios en la Academia de Bellas Artes, Europa y el Círculo de Bellas Artes. Nos hallamos en el período blanco: es el color predominante de esta época, símbolo del “sol que te encandila y no ves nada... la luz aquí es tan fuerte que elimina los otros colores” (en su diálogo con Oscar Yanes afirmará que usa el blanco como vehículo para atrapar la luz tropical).

La cinta es la historia de amor de Armando Reverón y Juanita Ríos, al tiempo que propone otra visión de quien fuera injustamente llamado *El loquito de Macuto*. Es maravilloso poder ver un producto nuestro sobre el amor que va a tientas, entre una mujer humilde y el mejor representante de las artes plásticas del siglo pasado, esquizoide y lúcido a la vez. Es hermoso ver cómo Reverón pinta a Juanita al tiempo que Rísquez pinta a Reverón.

Una vez que encontró a Juanita, se volcó hacia ella; y Juanita entró en la vida de Reverón con su maletica de estrellas. “Mañana la pinto! es una frase en boca del artista que denota esperanza. Es el deseo de convertirse en el “dueño de ti, y de tu arte”. Las relaciones amorosas alcanzan tal expresividad que llevan a afirmar a Reverón “ya lo tienes todo”. Juanita es para él su musa y su maja, al tiempo que se consolida como su cordón umbilical con el mun-

do exterior, sólo comparable con la radio que se mueve por todo el Castillete.

Modelo paradigmática y anfitriona de altura, Juanita corresponde plenamente: “Me tiene enamorado, encandilado como sus cuadros”, le confesará a Alfredo Boulton. El cuerpo de Juanita, al igual que la naturaleza, es lienzo para el pintor. Ella es –como dirá Reverón– un retrato que no es sino pura pintura.

Reverón dirá que tiene “un maremoto en la cabeza y como revuelto el corazón”.

Si bien es cierto que Rísquez quiere reivindicar al *loquito de Macuto*, también lo es que Armando Reverón sufrió serios trastornos psicológicos, estuvo gravemente enfermo de niño y fue internado dos veces en un psiquiátrico. No obstante lo apenas dicho, es rescatable la paradoja ante la que nos coloca el director, o sea, la sociedad en la que vivió Reverón consideró que la mejor manera de curarlo era internándolo. Todo lo demás, hay que situarlo dentro del género dramático de la película.

¿Existe una cura para quien anda “medio perdido en la cabeza”? La salvación y el remedio para Reverón pasan por la pintura. Él no pinta sólo lienzos, puesto que todos somos lienzo. Reverón tampoco pinta únicamente en su taller, sino que se vale del mar para ello; su caballete se apoya en el agua. Para atrapar la luz, para pintar la naturaleza como es, hay que *conocer la cosa*.

Reverón le comenta a Yanes que tres cosas son importantes: Juanita, el Castillete y pintar lo más venezolano posible. Una excelente manera de celebrar el 122 aniversario del nacimiento de Armando Reverón es contemplar *Reverón*, una película donde, como el amor, todo es luz.

* Teólogo, profesor del Instituto de Teología para Religiosos.